

Asia, Hispanoamérica y el futuro

Editorial

JULIO MONTERROZA



Desde el atraco de Colón con sus tres barquitos en la primera de las islas caribeñas que vieron sus ojos —como fuere que se quiera caracterizar ese divisar suyo de aquella isla según las afinidades de cada partido, Colón ciertamente *atracoó*, y lo hizo en barcos pequeños para su tiempo—, el destino de Latinoamérica ha estado prendido del de Europa, incluso ahora, en la época de la primacía imperial de los Estados Unidos de América. La llegada de los europeos a América, la propagación de las epidemias que vinieron con ellos, su destrucción o deslegitimación de cualesquiera tradiciones previas que encontraran, su deposición de los gobiernos anteriores y desorganización y reorganización de los pueblos locales, su borrón de las geografías nativas, sus conquistas territoriales y sus fracasos a la hora de conquistar territorios y someter indios “de frontera”, sus éxitos a la hora de administrar a sus nuevos subyugados y sus nuevos recursos, la tradición administrativa que pusieron en marcha al hacerlo, sus luchas internas, su repartición de las tierras que poseían y también de las que no, su detallada y obsesiva diferenciación de las “razas” del mundo que ellos mismos hicieron confluír en este continente, su introducción de la esclavitud negra, en suma, su fundación de un nuevo orden en América ha puesto en marcha una ruta civilizacional distinta a las anteriores. Las sociedades antiguas de América, aun cuando sobreviven hoy —en ocasiones gracias a hazañas hercúleas de defensa y resistencia—, han quedado truncadas para siempre. En su lugar, una amalgama puesta en marcha por el choque violento entre las sociedades amerindias y los colonizadores europeos ha prosperado (y sufrido) sobre este continente; para resumir, cito el comentario de Carlos Fuentes (*Ceremonias del alba*, Introducción): “Si Moctezuma es la tragedia avasallada por la historia de los vencedores y Cortés es la historia contaminada por la tragedia de los vencidos, la Malinche reúne por un instante ambas esferas... Tanto el mundo indígena [americano] como el

mundo renacentista español quedan fuera del diseño histórico de la colonia. Corresponderá al mundo mestizo inventar nuevos proyectos históricos”.

La América Hispana, a la que va dirigida primordialmente esta revista (pues nace de ella), muestra a cada paso ese destino que le tocó. En sus tradiciones puede verse la unicidad de este camino. Debatiéndose entre el catolicismo de estado y la laicidad, entre la evangelización forzada y el sincretismo religioso, entre el centralismo y el federalismo, entre un conservadurismo formado alrededor de la religión católica y la tenencia de riquezas y un liberalismo formado sobre las mismas bases, entre la coalición anticomunista de conservadores y liberales casi paranoicos y la aparición de esos reclamos de izquierdas venidos de la pobreza y la exclusión, entre la independencia con respecto a Europa y los recovecos de la constante renegociación de la autonomía y la dependencia con respecto a los Estados Unidos, entre su constitucionalismo liberal y la separación entre la población y sus leyes, entre un republicanismo antimonárquico que es radical en su rechazo de los reyes si se mide con la vara del resto del mundo y una defensa marcial de las instituciones que llega con prontitud al gobierno militar, entre el exterminio de los indígenas y el reconocimiento inestable de los indígenas como parte de un nosotros que no acaba de juntarse, entre la abolición de la esclavitud y la perpetuación de un racismo derrotado, entre la paz interestatal que rara vez se rompe –y se rompe únicamente por el litigio fronterizo– y la continua guerra violenta contra los indios, las guerrillas campesinas y las pandillas urbanas... Debatiéndose entre estas dicotomías que signan *toda* la tradición local, Hispanoamérica ha buscado pocas veces sus ejemplos y modelos fuera de Europa: se dice aquí, como en tumulto, que el estado es tal y tal cosa, dichas por Max Weber, y así mismo lo son la Iglesia, la burocracia, el carisma y demás, que la pacificación llega con la formación de un ejército centralizado como el de Francia, que la formación de un estado-nación requiere de un sentimiento nacional como el de las poblaciones de la Europa decimonónica, que ha de venirnos la prosperidad de la estabilidad institucional, la acumulación de capital y la propagación de la ética de trabajo que permitió la prosperidad de Inglaterra y Alemania. En fin, en su búsqueda de modelos, Hispanoamérica se ha hecho gobernar no por Europa, sino por sus mitos, y poco esfuerzo ha dedicado a la formación de una tradición no más propia (pues nuestra tradición es *nuestra*, y no podría serlo más ni menos), sino más segura de sí.

Esta admiración por Europa, que Europa no nos ha pedido y que sigue enquistada en los círculos tertuliantes de Hispanoamérica, no parece poder cejar. Hispanoamérica la atesoró incluso en medio de sus batallas contra los europeos, vivió casi dos siglos valorando sus ciudades e instituciones, y la manera de vivir de sus gentes, por cuál era el grado de su parecido o su diferencia con respecto a las ciudades, instituciones y gentes europeas, y no dejó de hacerlo ni siquiera al ver la autodestrucción irracional de Europa durante la primera mitad del siglo XX, una autodestrucción cuyas razones y cuyos extremos son inconcebibles en Hispanoamérica. Esta admiración hace que, con frecuencia, incluso entre los estudiosos de las ciencias sociales, la supremacía global de los Estados Unidos de América se vea como una especie de continuación histórica de la superioridad europea, blanca al fin y al cabo, y hace que los Estados Unidos mismos sean vistos como esencialmente europeos, como si su historia no incluyera esclavización y colonización sino feudalismo y guerras ducales.

Una obcecación tal cierra puertas, restringe campos visuales, deja cerrados caminos que piden a gritos ser abiertos, y nos disminuye, nos *inferioriza* (en palabras de al-Ghazali, fundador del proyecto racionalista: “¿Qué rango hay, en este mundo de Dios, más bajo que el rango de aquél que... abandona la verdad al abrazar tercamente la falsedad, aceptándola sin reportes ni verificaciones confiables?” [*Tahafut al-falasifa*, Prefacio religioso, 6]). Hispanoamérica, que ve en su historia muchas veces solo una suerte de réplica o subproducto de la historia europea (en sus colonias y virreinos una expansión de la metrópoli imperial, en sus repúblicas una aplicación de Locke o Bentham, en sus rebeldes una lectura de Marx y Lenin —de quien se dice en Hispanoamérica que es europeo aunque en Europa se diga de él que es asiático—, en sus políticos una versión barata de los primeros ministros encorbatados que van a saludar a sus reyes una vez cada tanto), embridada como un caballo de carga, se ha sometido a una suerte de glaucoma voluntaria que afecta también a la imaginación. Hispanoamérica no imagina como Europa, sino como cree que Europa imaginaria, y busca siempre, ante la pregunta sobre qué es posible y qué debe hacerse, rutas y respuestas europeas que acaban siendo hispanoamericanas, de manera que Hispanoamérica querrá luego escapar de ellas hacia una nueva ruta que se ve europea, u “occidental”, pero es, ¡sorpresa!, hispanoamericana.

Pero Hispanoamérica, con un mundo tan amplio rodeándola, podría evitar este trasegar a trompicones suyo. Si Hispanoamérica pudiera indagar sobre sí (y este es el trabajo que Hispanoamérica más ha avanzado), pero también sobre África y Asia, la amplitud de miras y el aprendizaje de una porción mayor de la experiencia humana traería sobre el continente —aquí estoy soñando— una suerte de audacia pública, un mayor atrevimiento, una capacidad mayor de ver futuros posibles. Se trata del paso hacia atrás que toma tiempo, pero permite ver más: Hispanoamérica, que cuando quiere “ver mundo” viaja solo a Europa, esa península que ha tomado por continente, ese sancocho de migraciones asiáticas que ha tomado por pura de sangre, no ve hoy todo lo que podría ver ni aprende lo que podría aprender ni refina su tradición todo lo que podría refinarla ni se compara con otros todo lo bien que podría compararse.

Y esta habilidad será crucial pronto. El mundo de hoy, según todo análisis sosegado, tiene la tarea urgente de reducir su riesgo de colapso. Mientras la riqueza se mide con números fantásticos, los recursos se agotan físicamente en el suelo, en el agua y en el aire. La trayectoria del desarrollo de la guerra ha llegado a una técnica que, como se prueba sobre Gaza mientras escribo, puede llegar a la destrucción total sin la derrota de sus enemigos, lo que amenaza nuestro futuro con largas guerras asimétricas de destrucción. El crecimiento económico que se esfuerzan por imaginar los economistas es, en nuestra imaginación política, lo único que saca ocasionalmente a uno que otro hombre de su pobreza, pero acabará ciertamente por drenar (¿inundar?) el planeta entero. Hispanoamérica, como todos sobre el mundo, tendrá que navegar un mundo de catástrofes de urgencia variable, reales o aparentes, estrepitosas o rutinarias, anunciadas o súbitas, y tendrá que hacerlo más pronto que tarde, y no por ello dejará de tener la misión de ofrecer una mejor vida (y no solo la misión de sobrevivir) a todos sus hombres y mujeres.

Esta revista se consagrará a la publicación en castellano de textos traducidos de otros idiomas (en un inicio, del inglés) sobre la historia de Asia, de su cultura, sus unidades políticas, su pensamiento y sus riquezas; si el porvenir que nos espera es provechoso, en esta revista no

aparecerán solo asuntos de helenización y contacto remoto entre culturas antiguas, de cultura culta musulmana en el medioevo y de descolonización y recolonización violentas, como en este número inicial: es nuestra esperanza contribuir a la familiarización de los lectores de lengua hispana con asuntos del budismo, el hinduismo y el islam de los árabes y los persas, y las ramas nestoriana, armenia y copta del cristianismo, con el aristotelismo árabe, persa e índico, con el confucianismo y el daoísmo, con una historia del arte completamente desconocida en nuestros lares, con los rifirrafes entre cientos de reinos cuyos nombres se nos dificulta pronunciar, con esa cuasi excepción histórica que son los imperios nómadas, con la rica historia política de Asia, con todo tipo de crónicas de viajeros asiáticos que siguen por traducir, y con libros, manuscritos, técnicas y tradiciones cuyo milenarismo nos parece casi místico a los hispanoamericanos, pues nacimos en 1500.

Como resultado de sus miras, esta revista podrá discutir sucesos africanos o europeos ligados íntimamente a la historia de Asia. No hay manera lógica de no hacerlo, dado nuestro objetivo. Así como es imposible, para quien hable de la historia de Europa, no ver que Europa fundó puertos europeos en el Caribe y propagó su cristianismo por toda América, que construyó ciudades de avanzada en Siria y Palestina y movió esclavos de Angola al Perú, o que fue invadida por los omeyas, los mongoles y los otomanos mientras se llenaba de judíos, gitanos y magiares, habrá que entender que las fronteras de Asia fueron siempre permeadas hacia adentro y hacia afuera por todo tipo de migraciones, mercaderes, ejércitos y religiones: imperios asiáticos como el persa, el omeya, el mongol, el ruso y el otomano, e imperios contruidos en las fronteras de Asia, como el egipcio, el alejandrino, el romano o esa suerte de coalición de imperios hostiles entre sí que fue el Occidente decimonónico antes de su autodestrucción, han difuminado el límite preciso de esa frontera. Helenos, hunos, judíos, armenios, magiares, gitanos y rusos han ido y venido entre Asia y Europa, y yemeníes, omaníes, hicsos, cusíes, árabes, etíopes, somalíes y coptos han hecho lo propio entre Asia y África.

Esa será nuestra contribución a la urgente ampliación de miras que necesita Hispanoamérica. Esta revista no tendrá más objetivo que el de ampliar los límites del asombro y la curiosidad histórica de los hispanoamericanos –científicos sociales o no– y, de la mano de estos, los límites de la imaginación sobre el futuro posible, es decir, de la imaginación sobre la acción plausible en los asuntos comunes. El público de habla hispana (y en él se incluye ese país hermano que es España para Hispanoamérica), que podrá leerla libremente y, ¡ojalá!, enriquecer su imaginación con dicha lectura, sabrá juzgarla.

Bogotá, 11 de junio de 2024



Nota sobre las grafías y las referencias

el equipo de
ASIÁTICA: MISCELÁNEA DE ORIENTES

Las fuentes de los artículos que publicamos en este número suelen estar en al menos tres sistemas de escritura que difieren del nuestro: el chino, el griego y el árabe. Esto viene aparejado al consabido problema que se tiene siempre que se trata de Asia en idiomas occidentales: ¿cuáles son las equivalencias por medio de las cuales se ha pasado una palabra de un sistema de escritura asiático al nuestro?

Con respecto a las publicaciones originales que aquí traducimos, se ha respetado el uso que los autores han hecho de los caracteres de otros sistemas de escritura. Lo mismo diremos de las instancias en que los autores han juzgado necesario transliterar las palabras de otros sistemas de escritura: en todas ellas, si el autor ha ofrecido una transliteración, el equipo de *Asiática* ha ofrecido también una transliteración en su traducción.

Además, subsiste el problema de las grafías de los nombres propios de lugares y personas aparecidos a lo largo de este número: fácilmente encontraremos nombres javaneses, griegos, chinos, árabes, persas, japoneses, coreanos y vietnamitas.

Como equipo editorial, hemos tomado las siguientes decisiones:

1. En el caso del chino, cambiamos las transliteraciones basadas en el sistema Wade-Giles a transliteraciones basadas en el sistema pinyin, en concordancia con las normas ISO, con la excepción de los casos en que el sistema Wade-Giles (así como otros sistemas más bien pensados para verter los sonidos chinos específicamente al alemán) son usados en nombres de autores contemporáneos o en títulos de obras publicadas en idiomas occidentales. En el caso de nombres muy conocidos cuyo uso en Wade-Giles ya está establecido, como Chiang Kai-shek, la corrección se hizo con la debida nota de traducción, indicando, en este caso, que Jiang Jieshi corresponde a la transliteración pinyin del mismo nombre; esta tensión entre grafías conocidas y grafías más modernas basadas en el sistema pinyin existe en otros casos: piénsese en la diferencia

entre tao (Wade-Giles) y dao o dào (pinyin), o entre Mao Tse-tung (Wade-Giles) y Mao Zedong (pinyin). (*Nota bene*: el uso del sistema pinyin no evita ciertas inconsistencias, sobre todo relativas a la separación de las palabras: por ejemplo, Dominique Hertzer, en su traducción del estudio de Chen Guying sobre el *Zhuangzi*,¹ ha usado la transliteración “xiaoyaoyou”, mientras que Achim Mittag, en su texto sobre la botánica china durante la dinastía Song, ha interpretado los tres caracteres constitutivos del título de este capítulo del *Zhuangzi* como dos palabras distintas, transliterando “xiaoyao you”;² como si fuera poco, el mismo nombre del libro y del autor, *Zhuangzi*, ha sido transliterado como *Zhuang Zi* por Chung Wu, que interpreta los dos caracteres como dos palabras distintas y, por tanto, separa en la transliteración las dos sílabas, práctica que mantiene a lo largo de toda su traducción del *Zhuang Zi*,³ prefiriendo, por ejemplo, *Lao Zi* sobre *Laozi* y *Hui Zi* sobre *Huizi*). Sin embargo, la transliteración pinyin que ofrecemos no es tan detallada fonéticamente como puede serlo: hemos respetado la forma básica usada por los autores, en lugar de esforzarnos por reemplazarla toda por una transliteración pinyin más detallada fonéticamente, usada en ámbitos especializados y normalmente señalizada por diversas tildes, diéresis, macrones y carones (anticircunflejos).

2. Cuando los nombres propios no tienen un equivalente castellano y se escriben en caracteres occidentales, como es el caso del vietnamita, se ha privilegiado la ortografía original por encima de la ortografía occidental (por ejemplo, escribiendo *Hai Phong* a la vietnamita, en lugar de *Haiphong*, una grafía angloparlante con base en la tradición francesa que había sido usada por los autores en el artículo original). En el caso de nombres propios escritos con caracteres distintos a los caracteres latinos, se ha privilegiado el sistema de transliteración usado por los autores.
3. En el caso en que los nombres propios usados por los autores tienen equivalentes en castellano, como en los casos de *Samarcanda* y *Saigón*, se ha preferido la acepción castellana sobre las grafías usadas en los originales, fueran estas grafías angloparlantes o grafías locales.
4. En los casos latino, griego, árabe y chino, se han distinguido en las bibliografías las referencias a clásicos canónicos de cada tradición de las referencias a “publicaciones”. El trato dado al canon coincide mayormente con el trato que los historiadores dan a las “fuentes primarias”, pero esto no es del todo así. Siempre que estas referencias no incluyen páginas de ediciones modernas, sino secciones del original según su propia subdivisión –que puede resultar en distintos grados de simpleza y complejidad en las referencias, desde el más común formato I.1 que se usa para la mayoría de los textos latinos o para las *Lunyu* de Confucio, hasta el formato hallado en varios de los

¹ Chen Guying, *The Philosophy of Life: A New Reading of the Zhuangzi* (Leiden y Boston: Brill, 2016).

² Achim Mittag, “Beocming Acquainted with Nature from the *Odes*: Sidelights on the Study of the Flora and Fauna in Song Dynasty’s *Shijing* 詩經 (Classic of Odes)”, en Hans Ulrich Vogel & Günter Dux (eds.), *Concepts of Nature: A Chinese-European Cross-Cultural Perspective* (Leiden y Boston: Brill, 2010)

³ Chung Wu (trad.), *The Wisdom of Zhuang Zi on Daoism* (Nueva York: Peter Lang Publishing Inc., 2008).

comentarios canónicos chinos: 1/276b, h.2a–, se ha preferido dicha subdivisión sobre el señalamiento de las páginas en ediciones modernas específicas. No se ha dado este trato a las antologías modernas de textos canónicos, toda vez que las antologías modernas son intervenciones modernas sobre el texto, y no representan una lectura convencional del canon.

5. La transliteración del árabe a nuestro sistema de escritura se ha hecho según el sistema *EI2*, de la segunda edición de la *Encyclopedia of Islam*.⁴ Todas las señalizaciones fonéticas, usadas especialmente en el artículo de Zoltan Szombathy que aquí publicamos, se han respetado. En la reseña del libro de David M. Robinson se ha conservado, para la grafía de los nombres propios, el sistema de transliteración que el autor usó en el libro: el sistema de Romanización Revisada del Coreano, promulgado por el ministerio de cultura de Corea del Sur en el año 2000 para reemplazar el sistema estadounidense McCune-Reischauer, de 1939.

⁴ P. Bearman, Th. Bianquis, C. E. Bosworth, E. van Donzel & W. P. Heinrichs (eds.), *Encyclopedia of Islam (Second Edition)* (Leiden: Brill, 1960).